

# Discurso de agradecimiento en la ceremonia de entrega de los Premios Nacionales 1980

La voz que sabe que debería responder con modosa modestia o quizá, honestamente, con no disfrazada exultación, a este honor que trae tras sí el unánime juicio de un jurado o el discrepante, tan noble como el anterior, porque sus móviles nacen, sin duda, de apasionadas, altruistas y bien nacidas admiraciones; esa voz no ignora que, frente a la generosa simpatía con que se ha revestido nuestro natural quehacer de tantos años, se espera la simple palabra de agradecimiento que ahorra trabajos a la paciencia; pero, debo confesarlo con hidalguía, se me han entreverado recuerdos de aquellos que la memoria simula olvidar, para imponérselos según su voluntarioso gobierno.

Esa voz de la que yo debería ser únicamente el medio, la confluencia, la pluralidad unificada, habría de fundir tres vidas, tres disciplinas, tres tonos: el de la reflexión humana sobre su pasado, que le pertenece desde el estar presente, sin desligarse del haber sido, limitando aquella extraña amalgama con el conocimiento, con la valoración del equilibrio entre la libertad y la necesidad, con la certeza de que ese ser humano matiza la comunidad en la que se integra, sin perder realmente su individualidad, ya que prevé, ya que sueña, aunque pueda apenas ser notado en su razonamiento y pueda abdicar en su propio sueño; al tono del investigar y del escoger, entre el aparente desorden u orden de la vida, la lógica del existir que pone un cepo de cordura al que medita frente al mar de un tiempo, debe permitirse que invada a esa voz la armonía trágica y encantadora en que se conciertan, sin palabras,

las consonancias y las disonancias de un hombre que elude el tiempo, atendiendo a su ser, a lo que él quiere decirle a la cotidianidad del otro, trasfundiendo lo eterno en lo temporal, y que, otro hombre, cediéndose, elevándose, debe leer en su magia y en su profundidad, Odiseo de pies encadenados y oídos sin cera y manos de serpientes conjuradoras de sirenas que, para engañar, se truecan en bosques de maderas que no olvidan su trinos, sus dulzuras, sus gemidos oscuros; se vuelven vientos en caracolas de metales; traen manos becquerianas para que despierte la melancolía del arpa; convocan a la abstracción del triángulo en un brillo alado que suena a maitines porque se sepa que pueda amanecer; o abre, de pronto, un narciso negro su oreja alerta escuchándose, mientras a su teclado sonriente le vigilan largos dedos de sombra; y se redondean tensas pieles que hay que acariciarlas con ternura hasta escucharles sus ligeros latidos, o airarse, súbitamente, contra ellas, golpeándolas con truenos el corazón; dejar que, en el aire, el pájaro quieto del violín mire con sus ojos exorbitados a quien parece querer ponerle mordaza de crin a su boca, ya tanto tiempo prisionera, o limarle, en vano, la red que le tendieron cuando naciera; a todos ellos, debe ese alguien hacerle olvidar su origen de materia, su patria de caos, coordinarlos en silencios y en exactos ingresos a la armonía, y, con todos ellos, con los distintos, los opuestos, los graves, los danzarines, hacerles entender la unidad de belleza y de vida en que se dieron en un solo hombre, quizá en qué momento de plenitud o de pérdida para él, sucesión de seres distintos que hay que rescatar y donarlos para que no mueran.

Con el pensar en que, a través de lo permanente humano, entra el pasado en la conciencia del presente, profetiza, en cierto modo, desde este casi ayer el mañana, porque el hombre no muda perceptiblemente; con la animación que nos sustrae del tiempo, nos hurta del hábito que se arrincona en el postrer silencio, nos introduce en la imagen del número eterno donde se confunde la exactitud con la humanidad, lo infinito con lo temporal, ¿no bastarían estas dos vertientes para que la tercera tonalidad se callara? Pero me han erguido aquí para expresar, en nombre de todos, nuestra gratitud.

No sería fiel si no expresara lo que debo a mis compañeros de esta noche de reconocimientos. Usted, Víctor Tevah, no sabe que en esos años de la década del 30, le veía desde la platea del Teatro Central con un violín quizá un poco indócil, que no le obedecía ciegamente hasta que aparecía en la tarima el maestro Armando Carvajal, pues hasta entonces usted le prodigaba al violín breves caricias, apoyaba su oído

sobre un corazón que era una boca y, luego de comunicarle él quizá qué inarmónica injuria, le apretaba usted alguna loca clavija, le castigaba con el arco en una larga nota aguda y le hacía quedarse de pie sobre su rodilla.

Siempre el arte es heroico, pero en aquellos primeros años de la Orquesta Sinfónica de Chile se era heroico en una semisoledad que no se permitía laxitudes para crearse un futuro. La concentración, la autoexigencia, la comunidad que lograban que ese texto dormido en las notas fuera brazada de armonías, eran una lección de ética y hermosura. Cuando se exigía por la calidad del entusiasmo que la orquesta se pusiera de pie, todas nuestras manos se ceñían entre las del director y el concertino. ¡Cuánto debe nuestra patria a tan pocos! A los que impulsaron una política musical, a los directores nacionales como Carvajal y a los extranjeros como Erich Kleiber, a los solistas, a los ejecutantes, a los creadores de nuestra música de calidad. Algunos de éstos supieron o quisieron, en ocasiones, vincular su arte a nuestra mejor literatura: Alfonso Leng y su “Muerte de Alsino”, Alfonso Letelier y sus “Sonetos de la muerte”, Domingo Santa Cruz que se inspira también en Gabriela y en Max Jara, así como lo hace Pedro Humberto Allende, agregando los nombres de Magallanes Moure y Mondaca, y otros los de Pablo Neruda, Vicente Huidobro, Juan Guzmán Cruchaga y Julio Barrenechea.

Más tarde, veré a Víctor Tevah, antes de comenzar a volar con su orquesta, hacer con los hombros un nervioso gesto de perplejidad ante la eterna aventura de cada comienzo.

¿Qué secreto nutrimento de armonía se quedaba en los posos del alma, en la tonalidad y finura del sentimiento después de esas tardes? Secretamente en las palabras un relámpago vivificador, cierta desmesura del ansia, un gemido por cosas entrevistas. En lo diario, la relación entre la música y una existencia que es interpretada por ella hasta que la palabra advenga, para después quedar como motivo en su sombra. En “Los domingos de ausencia”, de mi primer libro de poesía, suena una sonata para violín y piano que nadie oye, que nadie dice, que envuelve su atmósfera y aún no puede morir en mi alma. Nuestra vida es una gran deuda que debe tener descendencia de gratitudes.

Yo sé que en ese teatro de mi adolescencia, que aún existe, en las horas tardías en que queda mudo y pacífico después de haber vomitado la intensa gente, entre la sutil neblina de la nostalgia, se sienta en sus butacas grises de antaño, en el como eran, un muchacho delgado a los que los soles de Santiago no habían podido tostar. Como no ha sabido



morir, allí aguarda en la oscuridad para los otros, las finas alas de un pájaro que reluce y revolotea creando un infinito cielo y un sucesivo mar que canta, que no deja de cantar junto a otras alas que vaivenean a la altura de las olas, a las dulzuras de espumas de las flautas, al corno que muge sus toros submarinos, porque lo que fue creado jamás cesa.

Memoria me viene también de época que ya no está al alcance de un dibujo exacto. Generalmente la sala se va alargando, enanchando de vacíos, con las disertadas intervenciones de los ilustres colegas de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile. Hay quienes dicen que algunos oradores tienen su propia audiencia interior muy complaciente. Otros sostienen que la variedad de disciplinas representadas con su cariz deformatorio ensayan una futura torre de Babel. Alguno resiste a pie enjuto en la marea de las horas. En ocasiones, entre el tráfigo de las voces, se oía, sí, se oía literalmente un denso silencio que imponía su presencia. Una figura magra concentraba todo el silencio en sí. Diríase que apretaba, acurrucaba el silencio, para que fuese esa empuñadura de nieve factura de hielo para derribar más que fantasmas, corporeidades fantasmales. El silencio de pronto se hace voz. ¡Cuánta pasión y lógica engendra el estarse quieto contemplando y juzgando! Diríase que, súbitamente, se extendiera el ser humano y sumara la experiencia del tiempo ajeno con la del propio para que en ese total no cupiera sino la esencia de lo que se está tratando, previniendo sus proyecciones. Tras el silencio y sosteniendo la palabra, una actitud vital que se conformaba en el diálogo interior y se probaba en el externo, otorgaba al profesor Néstor Meza Villalobos la corona del respeto. La calidad mágica de don Víctor Tevah y la calidad lógica de don Néstor Meza, mi voz no puede remedarlas y, como lo penoso es que yo tengo que ser ambas voces, permitidme que sortee el peligro y hable a mi medida humana que, en algún punto, puede ser que acierte con sus sentimientos.

Ya entonces no sabía y ahora he acrecentado mi ignorancia al dejar que sepa alguien en mí, sin revelármelo, lo que no debo saber para mantenerme un ser lógico ante los demás. Soy terriblemente desordenado hasta que adelanto la mano en un primer gesto o digo la primera palabra. El orden me haría encontrar lo que busco, sólo lo que previamente sé que debo hallar. Pero un duende me trastrueca los papeles y me entrega lo que me busca, aquello por donde no ir según lo pensado. El caos, el relativo caos, me lo pone Dios para que siempre esté ordenándome, adanizándome, en alguno de los días de su creación. Me ha dado un olvido con ojos de memoria, que, al levantar los párpados

dormidos, me deposita el mirar en la página, en la línea de un libro que tiene que hablarme, y había dejado en la trastienda, o me pone en la mano de desmaño de un alumno la caña hueca y veo la gota de fuego prometeica, y entonces todo se unifica según mi orden que tiene un canon para cada circunstancia, para cada obra: la esencia en lo accidental, el espíritu contra el hábito, lo humano que requiere lo humano, la palabra valva con su definición tan lógica y su contenido vital colmado de ondas sonoras y silenciosas para cada momento del hombre. Contra la muerte, contra cualquier forma de la muerte, mientras me dure la vida.

Así me apacientan dentro de mi libertad. En una época, al entrar a la adolescencia, el muchacho lúdico y el muchacho del hacer jugaban con alegría seriamente. Antes, en la niñez, había corrido en competencia dando vueltas a la manzana; había dejado de ser yo mismo para representar otras figuras; me senté, una tarde de diciembre, nadie sabe por qué, a escribir tres poemas, alguno con bien situadas rimas consonantes, otro con cierta imagen afortunada, y un segundo, de acuerdo al orden, en que expresaba a los ocho años, mis preferencias poéticas, muy estrictas: Rubén Darío, Amado Nervo, Gabriela Mistral, de la que confesaba haber estudiado cuando joven “aquellos bellos poemas”. Dije misas solemnes siguiendo un misal latino, y consagré el pan, ese pan que si caía de la mesa en mi casa, había que besarlo. Todos estos actos se satisfacían en sí mismos y no prometían nada, aunque a mis espaldas, la vocación y el tiempo, se hacían señas. Lo que yo tenía que saber solamente era que, tras las puertas de mi casa, estaba el mundo donde debía alojarme y no como transeúnte despreocupado.

La época, el consenso social de la provincia, mi edad aquiescente, me permitían cualquier oficio digno, con excepción del de profesor que no conducía a parte alguna y menos a ser uno mismo, por aquello de la repetición de la materia, que según el Diccionario de la Real Academia Española, en su primera acepción, es substancia extensa e impenetrable, capaz de recibir toda clase de formas, peligrosa teoría que, en aquellos tiempos, se conjuraba con un texto único que exigía respeto y acatamiento a lo determinadamente valedero y consagrado.

Frente a un río de juventud que es siempre el mismo en edad y con distintos cielos reflejados, el profesor, inmóvil, era el guardián oficial de la verdad única. Todos los alumnos, desde Arica a Punta Arenas, de los escritores conocíamos, repetíamos, con rito de encantamiento, cabal, congruente, matemáticamente, gracias al texto más consagrado que la Biblia, defectos y cualidades en suma de adjetivos, prodigiosos

de matices y encuadres. Ese canto coral en que eran directores del orden respetuoso nuestros maestros, deberían inspirarnos confianza por su uniformidad. Nos encontrábamos inmersos en el tedio cuando la página aprendida proclamaba la amenidad. Se nos exigía reverenciar escritores que, según el autor dogmático, presentaba notorios descuidos. No nos excitaba saber mejor el orden mágico que se traducía en mejor nota. Nos deprimía que el compañero del lado y el de atrás pudieran ser valorados por la mecánica de la memoria, que incluso acentuaban con su monocordia. Nos conmovía más el éxtasis de la compañera del banco de adelante, apretado al nuestro, que, por recibir ese rayo de lo alto, dejaba inclinar sus trenzas para cosquillear con esos dedos supletorios, las manos nuestras dejadas al azar, pero veladas a los argos magisteriales que cuidaban del desarrollo pontifical de las letanías. Era apetecible lo humano, no la literatura, aunque uno ya escribiera, ni el enseñar, aunque hubiesen muchos profesores que eran más que un texto, o menos, por mostrarse seres desconcertantemente humanos, autointerrogantes.

La vocación tiene sus leyes y cuanto más profundas sus raíces, más se solazan en su misterio. Si has de ser donde no eres, has de ir por donde no eres, testifica el místico, y el cumplimiento del ser significa la vocación, y el ir, el tiempo necesario, que no es el del ansia engañosa, ni el apetito de la generalidad. Por eso ya he dicho que la vocación y el tiempo se hacen señas, aunque uno lo ignore. Yo, el apresurado, he sido por ellos, extremadamente lento e indeciso, viajero que ha pernoctado por años en posadas de olvido, mientras el día me desteje caminos hasta que el propio paisaje gira hasta un nuevo punto de partida y de jornada.

Llamado a una de esas profesiones dignísimas, el poco tiempo de mi vida, la reglamentación estricta que ordena por la edad las capacidades, me obligó al interregno de otra profesión durante el mientras tanto. Cumplí el oficio ajeno con las capacidades limitadas que suponía el reglamento, y el exceso lo empleé en multitud de cosas en esta ciudad casi despoblada que era Santiago para el que recién llegaba de la provincia. Para ello, tuvieron que escogerme de soslayo para la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos. De soslayo, pues iban a invitar a otro y él se negó, y como yo estaba a su costado, por no perder el viaje me insinuaron a mí, varón de soledades, un mundo. En esa casona gris de la Alameda iban y venían, Jaime Eyzaguirre, Julio Philippi, Eduardo Frei, Manuel Antonio Garretón, Bernardo Leighton, Francisco Bulnes. Tenía una Academia Literaria con Manuel Arellano Marín,



Eduardo Anguita, Andrés Sabella. Poseía una revista. Pastoreaba el todo, con su inteligencia y su don de ironía, monseñor Oscar Larson. Allí recibí mis primeras adhesiones fervorosas en lo literario y su reverso entusiasta. Por aquel tiempo iba de la Universidad de Chile a la Católica para cumplir mis dos entonces oficios laterales: el ala de la obligación y el ala de la devoción.

Tuve la suerte de traer de la librería de mi padre, entre muchos libros, algunos de Azorín y de Unamuno. La morosidad de Azorín y la pasión de don Miguel bien se conjugaban en mi alma. Las palabras eran lentos espejos de tiempo o relámpagos de agonía, pero ambos amaban, a su manera, a sus clásicos, a su tradición de humanidad; sentían más vivas a sus criaturas que a sus creadores; gozaban de sus medidas e intemperancias, los traían a su propio tiempo y su sensibilidad nos los revelaban tan próximos. Me incitaron a leerlos, provocaron a mi libertad el encontrarlos, a mi albedrío hecho de intuición e ignorancia, a desdeñarlos, amarlos, creando una adjetivación provisoria y mía en cada caso. ¡Ah, la virtud del escoger, del sentirse dueño, de dejarnos iluminar por nuestras simpatías, que no toleran los que simulan admirar lo que se les exige como válido, los que dejan en sala de castigo e invaluada a su propio espíritu! No me fue tarea el caudaloso Lope, ni fatiga Teresa la andariega, ni imposición el Arcipreste, sino deleite como Quevedo, suavidad del ánimo como San Juan de la Cruz, aventurero descanso en Cervantes. Con ellos estaba el habla en su creación constante, el verbo inesperado, el adjetivo que recreaba a la cosa misma. Pude decir, como Darío, más es mía el alba de oro.

Esa voluntad ajena y propia porque la acepto, eso entrañable y ciego que no muestra viso de conciencia, pero es lúcido y sabe más que yo de mis necesidades, encaminó mis pasos una tarde, porque pudiera hallar en un solo lugar impredecible, ese día único en que tenía el dinero para otras cosas en mi bolsillo y rescatar con las monedas del cine dominical y el café en el Lucerna a la salida, de un sueño de espeso polvo, de una virginidad que no soñaba plegaderas, a las "Canciones" de Federico García Lorca; a "Cántico" de Jorge Guillén; a "Cal y Canto" de Rafael Alberti; a "Seguro azar" de Pedro Salinas, poetas aún desconocidos para Chile y representativos de la generación española del año 27. Un cuero azul, desgastado en los lomos, hermana a las ediciones poéticas de la Revista de Occidente. ¡Qué respeto por la poesía! ¡Qué papel de luna! ¡Qué generosos espacios para abrazar los versos! Me viene a la memoria "la primavera delgada entre los remos de los barqueros" que reconocía Jorge Guillén; me persigue la niña del

bello rostro, la recogedora de aceitunas, “con el brazo gris del viento, ceñido por la cintura” con que la advierte y retrata Federico; la sensual complacencia de Rafael Alberti por los “rubios, pulidos senos de Amaranta, por una lengua de lebril limados”. El asombro de 1934 se hace ahora reconocimiento. Porque lo que pudo ser sólo goce, fue destino, suma del ayer con el presente. He contado que una violeta triste que olvidé, líricamente, en un vientre suavísimo, quisieron convertirla en cáncer del alma. Pero antes, las primaveras delgadas, los grises vientos y los pulidos senos, por virtud de su hermosura, por arrebató del entusiasmo, no enfadaron, no volvieron insensata y extravagante mi vida, sino que, por el contrario, la centraron.

Convertido en pregonero de las excelencias de su poesía, la variedad de lo único, asunto que olvidan los dogmáticos, al año siguiente llamaron para decir algunas largas palabras sobre ellos, ¡mi primera pobre conferencia!; escribí para la “Revista Universitaria”, de la Católica, las páginas sobre Federico García Lorca y Rafael Alberti, que luego constituyeron mi primer libro de admiración hacia lo ajeno; se me ofreció una pequeña cátedra, y me dije mi primera lección. No sin dejar concluida la inicial profesión de alquimista, me instalaron por designios inescrutables en el único oficio prohibido desde antiguo, el que no ha querido defraudarme desde hace 45 años. Tenía entonces veintiuno. Fue exactamente ayer y no se puede, no se debe, cesar en tan breve lapso.

Todo fue uno y sigue siendo uno. El manantial que saltó sorpresivamente de lo no esperado se sigue dando como desde ese inicio de la veintena. Sólo la poesía se retrasó algún tiempo, un lustro, pero había estado como raíz madre en lo antiguo. La voz ajena pasó por mi sensibilidad, por mi corazón, por mi mente y, con el respeto a sus peculiaridades, pasó a conjugarse con la mía en mi único oficio. Digo único y digo oficio, porque es mi sola ocupación habitual, aunque procuro que en ella no me rija el hábito, sino la constancia y el amor hacia su ejercicio y su significado, y porque creo que, a través suyo, puedo animar a los demás, establecer una red de ríos comunicantes que sacien sequedades espirituales o creen conciencia de existir, por el rumor de esas otras aguas.

No he restringido mi oficio, como creo que cada uno de nosotros tres no lo ha hecho. Tiendo a olvidar que soy un ser de tiempo y mi cuerpo me hace, a veces, advertencias. En la última, me dejará sin tiempo. Me inclino naturalmente a complicar las cosas, a verlas en sus posibles complejidades y riquezas, a engranarlas así como funcionan



los órganos del cuerpo humano en mutua armonía. Siento, como la sangre, que no puedo detenerme. Cortadme esta mano y quizá seguirá escribiendo con la sangre colmada del impulso de lo vivido o se hará diestra la inhábil. Mutiladlas a ambas y la palabra seguirá diciendo. Podad la lengua y se harán expresivos los ojos. Matad este solo cuerpo que poseo y dirán muchos cuerpos míos en el recuerdo, como lo he podido saber, lentamente, con la gratitud ajena.

Quizá la conozca, porque no me he mezquinado. De una necesidad que no tiene mérito, se deriva quizá el hombre que habla de lo aparentemente ajeno, pero desde su comprensión, pasando lo prójimo por la herida tangencial de su alma, diciendo que el hombre son dos: la circunstancia ajena al atravesar con su luz la propia, logra la unidad y el desdoblamiento. De su expresión escrita venga el ensayo que es el diálogo entre el autor, el lector y el espectador que los contempla y los juzga, aunque para muchos los dos últimos semejen ser la misma persona y sea el tercero sólo el que recuerda y suma lucidez a posibilidades de lo complejo. Todos saben que invito a la bibliografía, tardíamente a la fiesta, cuando puede reprochar y complementar y ya no puede poner anteojeras dogmáticas a priori.

Hay instantes en que me olvido, en que me repliego, en que quedo a solas, despojado de mí mismo. Entonces adviene la poesía. De ella nada sé y, por ende, no podría decir nada. Me dicta su primer verso de improviso y tras él vienen con su tema imprevisible, con su propia lógica implacable, con su secreto oficio ya ejercido en mi desconocimiento, con su magia sorprendente, los demás. Cada una tiene su necesidad que hay que respetar. El estado de disponibilidad escoge, en lo único y plural de lo humano, lo que él quiere. Se ha prestado la vida, el amor, la soledad, el sentido doloroso del tiempo, la muerte previsible, la experiencia de lo humano, los paisajes que han entrado por los ojos, pero como dice Jorge Santayana, "la poesía es algo secreto y puro, una percepción mágica que enciende el entendimiento un instante, así como los reflejos en el agua, inquietos y fugitivos. El verdadero poeta es el que coge el encanto de cualquier cosa, cualquier algo, y deja caer la cosa misma. Su sentimiento es extático, irónico, musical, triste. Sobre todo involuntario". Viene cuando ella quiere. Se niega a que la convoquen. Estuvo diez años hablándome, casi veinte años después del balbuceo primero. Se calló, de pronto, durante cinco lustros, y una mañana retornó con caudal que me ahoga y me asedia, felizmente para mí, desde hace cinco años. Nunca sé cuándo me visitará ni qué querrá decirme a mí, su primer lector, ni cuánto cuidado vigilante me impon-

drá después, porque suele venir instantánea, fúlgida, intocable, y otras con algunas esquivaces de mi atención. Si estoy fatigado del día, si necesito ese tiempo que creo no poseer, me borra, me pone en un no estar estando, me tensa y, a la vez, me otorga una paz interior incommensurable, una vigilia donde habla el sueño, una razón que se alimenta de tanto olvido, un sol que vive de la sangre de la noche, después de nacer del fundamento de uno mismo.

Hablo de la poesía y del hombre. Los nombres de ambos en los libros, ¿no expresan algo de su problemática esencia? “Mortal mantenimiento”, “Luz de ayer”, “El dios prestado por un día”, “El ojo cazado en la red de silencio”, “El árbol deshojado de sonrisas”, “La ínsula radiante”, “El laberinto sin muros”, “Variaciones sobre un antiguo corazón”. No puedo, no debo juzgar. Quizá todo ello corresponde a lo que Pedro Laín Entralgo decía sobre la constitutiva necesidad que el ser del hombre tiene de autovisión y autointerpretación para existir humana y personalmente. Pero esta necesidad exige la expresión exacta. La poesía la posee trasmutada en su propia lógica. Las palabras tienen su significación delimitada en el lenguaje diario, en el lenguaje precisado por el diccionario; pero, en la poesía, son aquello y un poco, un mucho más. En el instante de la creación poética las palabras cobran extensión, una densidad inusuales aun para el propio silencioso hablante movido por el sortilegio, el conjuro de armonía a la que adviene. Luego ellas quedan quietas, ordenadas, significando. ¿Quién podrá situarse en el momento del entrecruce de tan mágicos, contradictorios, unitivos poderes?

Se escribe, porque no puede dejarse de hacerlo. El destino del poema está sujeto a tiempo, a personas, a madureces, a intuiciones. Lo que nos define, nos esconde tal vez porque transfigura. El poeta no es una esfera congruente con el hombre que ustedes ven, sino en su secreto y único corazón. Pero ambos tienen que definirse en el amor por el lenguaje, por su riqueza, por su matiz, por su vivacidad, por su hondura, por lo que cada hombre, sin traicionarlo, puede agregarle en la conjunción de su uso, en la exigencia que se hace a los demás para que lo entiendan, se entiendan en el continente incógnito del espíritu que les pertenece. Nuestra responsabilidad es vasta como la noche que nos cerca. El hombre se está comunicando bajo la apariencia de la multiplicidad e instantaneidad de las comunicaciones.

El hombre anula el tiempo y el espacio y él es tiempo que, por sobre la fugacidad, ha de poner la permanencia, y es espacio tan sucesivo que no existe o está en vías de no darse cuenta de sí y de no poder dar

cuenta de sí. El hombre ve, pero no se le da tiempo a su vista para que penetre hasta la interioridad de la cosa que es mero asomo; el hombre ha ahorrado tiempo con la técnica, pero no tiene ocio, es ocupación reposada; con mil incitaciones le distraen, es decir, le apartan, desvían, alejan del objeto al que debía aplicarse. El Diccionario dice, en alguna acepción, que distraer es apartar a uno de la vida virtuosa y honesta, y también, tratándose de fondos, malversarlos, defraudarlos. Y qué cosa más de fondo, de tesoro, que la palabra, y qué cosa, qué extraña más a la conciencia que la inconsciencia y al destino de una nación que dilapide su posibilidad de existir culturalmente en el mundo. Humberto Díaz Casanueva, al recibir el Premio Nacional de Literatura hace ocho años, expresaba: “somos un pueblo del que han brotado grandes poetas que han alcanzado la gloria universal por la virtud de sus visiones y la riqueza y magia de su verbo, pero nosotros mismos somos parcos, con uno de los léxicos más restringidos del continente, tímidos y pudorosos de que nuestras palabras sean excesivas o broten de nuestros labios demasiado inflamadas por nuestra imaginación o por nuestros sentimientos”. Tendríamos que cumplir la misión que se proponía don Francisco de Quevedo: “dar muerte a la muerte, introduciendo en mí que el muerto muera”. En cada mí, en cada particular mí, que es asunto de honra.

Señor ministro, señores miembros del jurado, por vuestro intermedio se ha reconocido en nosotros el que hemos sido fieles a una preocupación que nos vino como gracia. Nuestra profunda gratitud por esta generosa comprensividad, pero permitidnos nuestro agradecimiento a la tierra que sostuvo nuestros primeros pasos y nos comunicó su fuerza; a los brazos que nos dieron a conocer la ternura; a los que erigieron la base de nuestro posible saber y hacer; a la fuerza poderosa y formativa de la amistad y la enemistad, porque pobre sería el hombre a quien nadie amara ni nadie entrara en ofensa por su existir y pensar; a una sonrisa donde cabe tanto sol; a la mano que nos tendieron desde el cielo.

Somos en cuanto otros fueron. Y seremos en la tierra en tanto alguien, quizá porque cosa nuestra, verso o gesto, nos rescate de la ausencia con la sola palabra gracias, que en su expresión singular se nos dice que es un don gratuito de Dios que eleva sobrenaturalmente la criatura racional en orden a la bienaventuranza eterna. Y así seremos nosotros en cuanto otro es, por la virtud ajena que nos atribuyen con la totalidad del alma.

*Roque Esteban Scarpa Straboni*